

Al igual que sonatas de Beethoven, cuyas variaciones enriquecen el tema, en los Cánticos, insospechados, delirantes, supurados paisajes caóticos, insisten en el tema grandioso de la muerte. Embarga al espíritu en un reconocimiento casi religioso, esa angustiada y constante proyección hacia una cuarta medida, de las cosas que cumplen un antepostrar período de descomposición en el mundo del poeta.—J. G. BLANCO VILLALTA.



<https://doi.org/10.29393/At191-12CMGA10012>

LOS COMUNEROS, por *Germán Arciniegas*.—Edit. Zig-Zag. Santiago, 1940

Al terminar de leer este libro que Germán Arciniegas—con acierto indiscutible—ha titulado: «Los Comuneros», nos asalta una duda; ¿Debemos contarnos entre los que se han deleitado en lo que tiene de novelesco la obra y estudiar, por consiguiente, este tópico, o nos incluiremos en el grupo de los que la han explorado, analizado y auscultado, en su aspecto principal; el motivo histórico?

La vacilación que hemos tenido se ha resuelto, considerando que ambas facetas son por igual interesantes, eclécticamente. Nos quedamos en la «tierra de nadie».

Nadie le puede negar al autor de «América, tierra firme», la pureza y galanura idiomática que lo distinguen. Es Germán Arciniegas, por sobre todo un artista y orífice del idioma. Maniobra y juega con él, cómo y cuándo le viene en gana. Y aquí, en «Los Comuneros», nuevamente nos da muestras amplias de ello.

La obra en sí, expurga con criterio histórico un tanto epidémico, en lo que fué el movimiento de los «comuneros», del virreinato de Nueva Granada, acaecido en el siglo XVIII. Parece que el autor ha preferido dejarse llevar por un criterio novísimo y audaz—que el profesor Ots rechaza perentoriamente.

te (1)—en cuanto, que abandona y echa por la borda el lastre, que significan las citas y bibliografía del caso. El mismo declara, en el prólogo, no ser un historiador profesional, pero eso no obsta para que no se tilde de historiador a todo aquel investigador que hace historia...

Quizás sea errado el procedimiento, pero hay que confesar que Arciniegas consigue plenamente su objetivo, pues el libro se lee íntegramente con máxima soltura y mínimo cansancio. Se desprende de documentos y de legajos—seguramente copiosos y por ello cansados—y nos presenta una serie completísima de cuadros muy humanos, pero a los cuales les parece faltar veracidad y justeza histórica. ¿Podrá ser cierto, como se entrelee en las primeras páginas, que no haya existido Renacimiento en España? Arciniegas da por soluto el problema, intrincado en sí y no resuelto aún, con razones que a la vista saltan que son demasiado ingenuas y sencillas para adoptarlas. Creemos que tal afirmación no puede ser aceptada, sino tras de detenido estudio y meditados argumentos.

El autor infunde a su relato vida y movimiento, llevando aparejado el colorido de la época, pero hay que advertir—es lamentable el olvido—que a ratos no recuerda, con suficiente claridad y pureza, que debe unir y ligar fuertemente todos los eslabones que tipifican los movimientos insurreccionistas de América. Porqué es indudable que algún efecto tuvieron que tener; y pesaron, ¡más de lo necesario!, en el destino del levantamiento de los «comuneros» neogranadinos.

Uno de los escollos básicos y capitales de toda reconstrucción histórica es el poder dar vida—pacientemente, minuciosamente, con lujo de detalles—, calor y color, también, a lo sucedido en un siglo pasado. Pero tenemos otro: ¿escollo? ¿Dificultad?, muralla china mejor, que es, aun más interesante; la psicología de los personajes en acción y movimiento. A esta

---

(1) Ver «Revista de las Indias», número correspondiente al mes de diciembre de 1938.

materia, la psicología, tan velada, obscura y sutil, Arciniega la vence con tal facilidad y desgano, que a ratos desconcierta y abruma,

Y razones a la vista. Examinemos lo que dice el autor, respecto al visitador regente, don Francisco Gutiérrez de Piñeres: «Yo no encuentro en Gutiérrez de Piñeres orgullo ni soberbia. El es un técnico que trabaja en silencio, con una precisión desesperante. Obsequioso, meloso, político, no ahorra venias de acato al virrey, a quien siempre tributa los homenajes debidos al superior...». «Alma de pergamino, cara de pergamino, manos de pergamino...»

Hay que expresar con justicia que el autor ha pintado a Gutiérrez de Piñeres con colores tan veraces, que dejan traslucir, que quien eso hace, posee un criterio puro de analista y despojado de toda pasión y ensañamiento.

El relato emprende en el capítulo V—«Los indios»—un alto vuelo de humanidad; vivaz y sentida descripción de la rebelión que se avecina. Nueva Granada, Lima, Paraguay. Todas son puntas de un grandioso polígono, por las que corre, veloz e indubitadamente, una sola línea reuniente: la línea de la insurrección. Parcen proyectarse por las frías y yertas páginas, las figuras cálidas de los «comuneros». Los vemos desfilar, hoscos y ceñudos, por montes y páramos americanos, en interminable y obscura procesión.

Como en acertada frase lo evoca Arciniegas, en ese momento el tríptico racial—mulatos, mestizos y criollos hermanos—se refunde en un solo bloque, para auscultar y otear de frente su común destino.

El silencio monacal de la ciudad de Vélez—virreinato de Nueva Granada—es empañado, por el primer grito del «común». «¡Muera ese perro ladrón! ¡Y viva el rey de Vélez, que es el alférez real!». Son estas las palabras de la multitud, amotinada contra el corregidor Machín. Aquí, Arciniegas, se olvida un tanto de estudiar más a fondo una de las figuras más inte-

resantes—creemos—del relato: el alférez real. Verdad es que nos lo presenta y exhibe en varios instantes del precario accidente, pero no nos muestra un átomo—menos una partícula—de la que pensamos apasionante y enigmática personalidad.

Aspecto sugestivo y digno de ser acotado, es el que artesanos—representantes de la ciudad—y labriegos—exponentes típicos de la campaña—estén unidos indisolublemente por finísimos y sutiles hilos.

El autor, realza que no existieron ni capitanes ni abandonados de los «comuneros». Los que se llamaron capitanes no fueron otra cosa que inútiles escaparates y ociosos biombos, sin función alguna. Son ellos—los «comuneros»—los que mandan, guían y lucen en su propio movimiento. «No se trata de una escuela ni de un partido: no hay un «ismo» para calificar a estas gentes: hay una simple y sencilla fraternidad humana, crudamente humana, que se ve tal y como las gentes del pueblo...». Es una extraña historia, pues se puede decir que, casi matemáticamente, no hay acontecimiento alguno en la narración de las agrupaciones humanas, que no muestre claramente un portaestandarte visible. Pero aunque extraña, es cierto. El autor tiene que circunscribirse—aunque interiormente le duela—estrictamente a la fiel descripción de lo sucedido.

Por momentos la pluma acerada, pero serena, de Arciniegas se reviste con un baño de ligera y fina ironía. Y así se pregunta: «¿De dónde les cayó a los chibchas a los guajiros y cocinas o a los tucunas y huitotos lo del agua del bautismo? Y, precisamente, por ser cristianos, tienen ahora ellos que sufragar los gastos de la cruzada...». Esto lo dice a propósito del «gracioso donativo»—así lo bautiza el visitador regente—o en otras palabras: la ayuda en metálico que el indio debe prestar a la Corona en su lucha contra Inglaterra. Pero podemos decir nosotros (1): ¿hoy en día, los indios se libran de hacerse este razonamiento?

---

(1) Es la misma interrogante que se hace el profesor Ota.

Y para rematar esta nota crítica, diremos con Luis Alberto Sánchez—en su *Historia de la Literatura Americana*—que «Los Comuneros» pertenece, indudablemente, a ese apasionante y difícil género literario intitulado: ensayo-poema.

Porque en realidad el libro aparece dividido—íntimamente—en dos triángulos de noventa grados: el del conocimiento histórico, documental y sociológico de la revuelta de los «comuneros»—ensayo—y el que en pictóricas páginas expresa lo que hay de poesía en el paisaje agreste y montaraz del virreinato neogranadino—poema—.

Nos lega, Germán Arciniegas, en su bello volumen un rectángulo—suma algébrica de los dos triángulos antedichos—total y articulado de lo que fué el movimiento insurreccionista de los «comuneros»,—HUGO DEL CAMPO.